

"Bolsonarismo" después de Bolsonaro

¿QUÉ SIGNIFICA LA VICTORIA ELECTORAL DE LULA PARA LA ORGANIZACIÓN ANTIFASCISTA EN BRASIL?

SEAN PURDY

noviembre 4, 2022

Tomado de: <https://spectrejournal.com/bolsonarismo-after-bolsonaro/>

Lula da Silva ganó por estrecho margen las elecciones presidenciales brasileñas contra Jair Bolsonaro el 30 de octubre (51-49%). Sin embargo, el *bolsonarismo*, la ideología de extrema derecha marcada por rasgos fascistas y apoyada con entusiasmo por los rangos más altos de las Fuerzas Armadas, continúa tan fuerte como siempre. La izquierda ganó esta batalla electoral, pero aún no la guerra contra la amenaza derechista más destructiva contra la democracia, los derechos humanos y sociales, y el medio ambiente en el mundo.

Cuarenta y nueve por ciento de los electores elegibles -cincuenta y ocho millones de personas- en la segunda democracia más grande de las Américas votaron por un candidato cuyo lema principal de campaña era "Dios, Patria, Familia y Libertad", literalmente copiado del integralismo brasileño, el movimiento fascista local en la década de 1930, y de la retórica nazi alemana y fascista italiana. El Partido Liberal (PL) de Bolsonaro y los partidos aliados más pequeños controlarán hasta la mitad de los escaños en las cámaras alta y baja del Congreso, mientras que catorce de los veintisiete gobernadores estatales apoyan a Bolsonaro. Los tres estados más grandes, São Paulo, Río de Janeiro y Minas Gerais, serán gobernados por feroces aliados de Bolsonaro.

El voto es obligatorio en Brasil, lo que resulta en una tasa de abstención relativamente baja del veinte por ciento. Lula ganó fácilmente entre los pobres, las mujeres, los negros y los pueblos indígenas, así como en muchas grandes ciudades como São Paulo y Belo Horizonte y en toda la región noreste del país. Bolsonaro ganó una gran mayoría en los estados del sur y medio oeste y por poco tomó las regiones restantes del país, incluida su base de operaciones en la ciudad de Río de Janeiro, donde las milicias paramilitares aliadas controlan grandes franjas de la periferia urbana pobre. Sus principales partidarios eran hombres de clase media a alta y votantes mayores en ciudades medianas y áreas rurales, pero una proporción significativa de la clase trabajadora también votó por Bolsonaro en todas las regiones del país. No es de extrañar que el día de las elecciones, la Policía Federal de Carreteras, encabezada por un amigo de la familia de Bolsonaro, intentara activamente evitar que los votantes en el noreste dominado por Lula llegaran a las urnas.

Si bien aún no están organizados formalmente, las violentas tropas de choque de Bolsonaro continuarán como una fuerza disruptiva y antidemocrática.

Si bien aún no están organizados formalmente, las violentas tropas de choque de Bolsonaro continuarán como una fuerza disruptiva y antidemocrática. Son hábilmente asistidos por el "Gabinete del Odio", compuesto por operadores cuidadosamente seleccionados del círculo íntimo de Bolsonaro, que bombardean las redes sociales con horribles noticias falsas. Los partidarios más incondicionales de Bolsonaro, incluidos los camioneros propietarios independientes y los jefes de las grandes empresas de camiones (algunos de los cuales obligaron a sus empleados a participar) organizaron más de quinientos bloqueos de carreteras en todo el país en los primeros tres días después de las elecciones, pidiendo la intervención militar contra los resultados de las elecciones. Fueron denunciados por varios sindicatos de camioneros y condenados rotundamente por políticos y medios de comunicación, pero recibieron el apoyo formal de muchos compinches de Bolsonaro. Los medios de comunicación han informado de numerosos casos de la Policía Federal de Carreteras que ayudó a los bloqueadores y el propio Bolsonaro, quien solo aceptó tácitamente la derrota dos días después de las elecciones, declaró que entendía completamente la frustración de sus partidarios con las "irregularidades electorales". Solo les dio una palmada en la muñeca por sus "métodos" insistiendo en que estos eran característicos de la izquierda. Tres días completos después de las elecciones todavía hay casi doscientos bloqueos de carreteras.

La resistencia popular contra los bloqueos antidemocráticos y la falta de acciones formales por parte del PT, los partidos aliados, los sindicatos y los movimientos sociales establecidos son presagios de los conflictos que vendrán entre el enfoque parlamentario de arriba hacia abajo y las movilizaciones radicales de base. La renuente policía estatal ha resuelto la mayoría de las obstrucciones de la carretera después de que la Corte Suprema se lo ordenó. Sin embargo, al menos siete barricadas en cuatro estados fueron derribadas por movilizaciones concertadas de trabajadores portuarios, residentes locales pobres y clubes de aficionados de izquierda al fútbol, incluidos dos bloqueos en São Paulo, la ciudad más grande de Brasil. Inicialmente llamando a sus miembros a desbloquear por la fuerza las carreteras, el Movimiento de Trabajadores sin Hogar terminó firmando un acuerdo con otros movimientos sociales que apoyan al PT y todas las principales federaciones sindicales para simplemente "acompañar" las acciones de las tropas de choque de Bolsonaro, pero no para intervenir para derrotarlas.

Bolsonaro ya ha adoptado el libro de jugadas de Donald Trump después de la derrota de este último en 2020: 1) A pesar de ser ampliamente desacreditado, todas las mentiras posibles sobre el sistema de votación electrónica han sido regurgitadas para argumentar que la elección fue fraudulenta; 2) Su retraso en el reconocimiento del discurso de derrota duró apenas dos minutos y medio y solo aceptó muy tímidamente los resultados de las elecciones; 3) Él y sus partidarios han seguido atacando a instituciones democráticas como el Poder Judicial, alegando que fueron víctimas de persecución política por parte de un establecimiento supuestamente de izquierda; 4) Utilizando ampliamente noticias falsas en las redes sociales, ya ha movilizó a sus partidarios para causar agitación pública para intimidar y amenazar, incluso a través de la violencia física, a la izquierda y otras fuerzas democráticas; 5) Reclutará partidarios tanto en el país como en el extranjero, desde Trump y Bannon en los Estados Unidos hasta Orban en Hungría, para reforzar su salvaje teoría de la conspiración. El racismo, la homofobia, la transfobia y el sexismo correrán desenfrenados.

Todo esto equivale a un ataque de inspiración fascista contra la incipiente democracia capitalista liberal en Brasil. Este asalto antidemocrático ha sido probado y probado desde que Bolsonaro ganó las elecciones fraudulentas en 2018 a través de noticias falsas masivas y una ola de sentimiento anti-Partido de los Trabajadores (PT). Bolsonaro alienta a sus tropas de choque desde abajo a hacer su desagradable oferta como complemento de su política formal y autoritaria desde arriba.

No hay mejores ejemplos de esto que la terrible violencia durante la campaña electoral. Al menos cuatro activistas del PT fueron asesinados en septiembre y octubre y cientos de izquierdistas fueron agredidos físicamente, incluida una joven embarazada que había perdido a su bebé. Hubo casi dos mil denuncias de coerción electoral por parte de jefes en mil trescientas

compañías diferentes amenazando a sus empleados con votar por Bolsonaro o enfrentar el despido.

La última semana de la campaña electoral fue testigo de dos episodios extraños, brutales, pero no sorprendentes por parte de los principales partidarios de Bolsonaro. El 23 de octubre, el exdiputado federal y feroz bolsonarista, antisemita y ladrón convicto, Roberto Jefferson, atacó a la policía federal que llegó a su casa para arrestarlo por un video vicioso y misógino contra la jueza del Tribunal Supremo, Carmen Lucía. Disparó más de setenta rondas y lanzó tres granadas, hiriendo a dos policías. Si bien su acusación por homicidio fue respaldada oficialmente por el gobierno de Bolsonaro, recibió una gran cantidad de apoyo de las filas de Bolsonaro.

Y al mediodía del día antes de las elecciones en una concurrida calle del centro de la ciudad de São Paulo, la diputada federal reelecta, Carla Zambelli, una de las principales capitanas de distrito de Bolsonaro en el estado, sacó su arma y persiguió a dos jóvenes negros desarmados, partidarios de Lula, que habían discutido con ella fuera de un restaurante. Los comentaristas políticos repitieron que este fue otro disparo en el pie para Bolsonaro, pero ignoran el hecho de que el apoyo que recibió por su comportamiento descaradamente criminal y racista no solo de los bolsonaristas de base, sino de las principales figuras del gobierno, incluidos los hijos del presidente, refleja lo que enfrentamos en los próximos meses y años desde la extrema derecha.

También está increíblemente claro que las fuerzas de izquierda necesitan repensar cómo organizar y movilizar a la clase obrera y los movimientos sociales.

¿Y la izquierda?

Está muy claro que la izquierda (no solo el PT, sino los partidos socialdemócratas aliados más pequeños, como el Partido del Socialismo y la Libertad (PSOL), subestimó en los últimos cuatro años la profundidad del apoyo al bolsonarismo. A pesar de la falta de realismo del programa de Bolsonaro, ha tocado una fibra sensible profunda con muchas personas, especialmente, pero no exclusivamente, entre los blancos, hombres de clase media baja y cristianos evangélicos que comprenden un tercio de la población. Sintiendo amenazados por los recientes logros de los trabajadores, las mujeres, los negros y la comunidad LGBT+, ganados a través de una valiente lucha que obligó a los partidos de izquierda a actuar, han transferido su inseguridad socioeconómica y odio hacia los oprimidos, apostando por el progreso económico y social a través de favores de arriba hacia abajo de la élite. Como han demostrado varios etnógrafos innovadores de la extrema derecha como Esther Solano y Rosana Pinheiro-Machado, esto ha resultado en un apoyo incondicional a Bolsonaro por parte de al menos un tercio de la población que ha acogido apasionadamente el neoliberalismo autoritario y los ataques contra los oprimidos.

Un componente vital de esta ideología es un odio visceral hacia el PT y la izquierda, alimentado por mentiras descaradas, cultivado agresivamente desde el golpe parlamentario contra la presidenta del PT Dilma en 2016. Todavía no está del todo claro cómo explicar completamente esto, pero parece que vale la pena revisar los estudios marxistas clásicos de Wilhelm Reich y Theodore Adorno sobre la conciencia de masas durante los años nazis y los estudios recientes sobre el apoyo de Trump entre la clase obrera estadounidense.

Sin embargo, también es increíblemente claro que las fuerzas de izquierda necesitan repensar cómo organizar y movilizar a la clase obrera y los movimientos sociales. Como en el resto del mundo durante la crisis capitalista global, la izquierda (por no hablar de los partidos centristas y de derecha tradicionales) ha sido inepta para proporcionar soluciones a problemas básicos como un bajo nivel de vida, seguridad alimentaria, pésimas condiciones de trabajo, desastres ambientales y la persistencia de estructuras de opresión.

En el caso brasileño, el PT ha aceptado principios clave del neoliberalismo, como la responsabilidad fiscal, inclinándose ante los bancos y la agroindustria y vacilando sobre la necesidad de una inversión social masiva para mejorar una de las sociedades más desiguales del mundo. Durante los gobiernos del PT de 2003-2016, Lula y Dilma tuvieron la suerte temporal de tener un sector de exportación agrícola en auge que facilitó reformas importantes pero limitadas en el estado de bienestar, la educación y la salud. Pero no hubo transformación de la estructura inherentemente desigual de la sociedad brasileña y el Estado. Y cuando los vientos económicos cambiaron alrededor de 2014, el PT adoptó remedios neoliberales para la crisis: reducir las pensiones y los derechos laborales, recortar los programas sociales y forjar alianzas con partidos centristas dudosos. Todo esto socavó los logros alcanzados, alienó a la base misma del partido entre la clase trabajadora y allanó el camino para la reacción de la derecha desde 2016 hasta el presente.

Enviar a los fascistas corriendo de vuelta a la cuneta.

La plataforma presidencial del PT está llena de mansas promesas de revertir las políticas de Bolsonaro, pero hay pocas propuestas para la transformación económica y social. Y aún no está claro si Lula podrá implementar incluso reformas modestas en el contexto de un Congreso hostil y los planes golpistas de Bolsonaro. Sin duda, el PT forjará alianzas parlamentarias con políticos vendedores ambulantes para aprobar una legislación moderada que diluirá gradualmente las propuestas y desmovilizará a las fuerzas de izquierda. El discurso de aceptación de Lula en la noche de las elecciones ya planteó la moderación y la necesidad de "unir" a las fuerzas divergentes en el país.

La coalición de izquierda liderada por Lula ciertamente mejoró durante la campaña de segunda vuelta. La primera ronda fue testigo de una concepción burocrática de la política de marketing de arriba hacia abajo con pocas movilizaciones callejeras combativas. En las últimas semanas antes de la segunda vuelta, sin embargo, Lula salió en los debates televisados y la coalición de izquierda organizó numerosos mítines callejeros masivos y marchas en casi todas las capitales. Ofrecer una alternativa distinta al neoliberalismo, denunciar frontalmente el autoritarismo violento de Bolsonaro y movilizar a los trabajadores y movimientos sociales en las calles siempre fue la mejor opción y seguirá siéndolo.

En los próximos meses y años, la izquierda no solo tendrá que enfrentar los planes golpistas de Bolsonaro, sino asegurarse de que él, su familia y sus partidarios clave sean castigados por sus muchos crímenes, incluida la mala gestión criminal de la pandemia que dejó setecientos mil brasileños muertos y la corrupción generalizada y el robo del erario. Esta también será una forma crítica de combatir a la extrema derecha.

Otro peligro es la incorporación de activistas sociales y sindicales al gobierno de Lula, diluyendo el potencial de movilizaciones independientes y radicales desde abajo mientras se impulsa el cretinismo habitual de la política parlamentaria. Este cambio transformó al PT durante las décadas de 1990 y 2000 en un partido que ya no estaba en contra del orden capitalista, sino como cómplice del sistema. La inacción de los sindicatos y movimientos sociales aliados del PT ante los bloqueos de carreteras ya es una señal preocupante.

Las continuas movilizaciones desde abajo para obtener ganancias sociales y económicas (y, si es necesario, contra el gobierno de Lula) serán la primera orden del día. Hay notables movimientos nacionales de trabajadores sin hogar y trabajadores sin tierra, los sindicatos han disminuido, pero aún no han salido, y en los últimos años han proliferado las organizaciones de base de estudiantes secundarios y universitarios, antirracistas, LGBT+ y grupos feministas.

También tenemos que aprender de nuestra historia. En octubre de 1934, una marcha planeada por el floreciente movimiento fascista brasileño en la Plaza Sé en São Paulo fue fantásticamente derrotada por una contramanifestación popular de comunistas, trotskistas, anarquistas, socialdemócratas y sindicalistas que enviaron a los fascistas corriendo de regreso a la cuneta. Es conocido popularmente en Brasil como el Rebaño de los Pollos Verdes, ya que los fascistas que huían de la plaza se despojaron de sus camisas verdes en su intento desesperado de huir anónimamente. Tenemos que estar preparados para hacer lo mismo con las camisetas verdes y amarillas del fútbol nacional favorecidas por los bolsonaristas.